



Más allá de los bálsamos epidérmicos: ¿Es posible vivir el sufrimiento como experiencia de gracia?

BENJAMÍN GONZALEZ BUELTA

I. Más allá de bálsamos epidérmicos

Jesús se acercó al fondo de la desgracia humana, y allá abajo (Flp 2,8), donde todo parecía morir, anunció la vida nueva y la gracia. Los que acogieron su palabra, los descalificados por la enfermedad física o psicológica, los excluidos por su oficio de pecadores públicos, experimentaron una vida sorprendente. pero el mismo Jesús encontró el fracaso histórico y una oposición que lo eliminó drásticamente. Llamó felices a los últimos, marcados por la miseria y la injusticia (Mt 5,1-10), y les prometió plenitud futura y alegría presente, pero en medio de persecuciones (Mt 5,11-12).

¿Qué extraño camino es éste? ¿El que crea vida, se encuentra con la muerte, y la alegría del Reino nace entre las heridas de la persecución? Ciertamente que estamos ante una lógica que no tiene nada que ver con las recetas de Un gozo epidérmico de sensaciones consumistas, de paraísos artificiales con sus rutas exóticas, o de reductos exclusivos para la "élite" del poder o del espíritu.

Al seguir a Jesús entramos en un proceso que no esquivo la desgracia humana, ni la expulsa a los márgenes de la ciudad, ni se asegura contra ella con tecnologías sofisticadas, sino que, al solidarizarnos con los desgraciados y ser alcanzados de alguna manera por la desgracia, experimentamos la llegada de la gracia como la dimensión última de la realidad, donde todas las rupturas se integran y donde se estrena una calidad de vida impredecible.

Intentaremos describir este *proceso*, que supone una determinada imagen de Dios y una nueva manera de ser persona humana, reveladas en el Jesús histórico y confirmadas en los crucificados de hoy en seguimiento de Jesús.

II. Los espantapajaros de la libertad

1. La enfermedad, el fracaso y la muerte forman parte de los llamados "espantapájaros de la libertad". Cuando se clavan en medio de nuestro caminar hacia la vida plena, nos aterran.

Los espantapájaros se fabrican con remiendos de tela vieja y, cuando los mueve el viento, agitan su terror de trapo. Los recuerdos traumatizantes del pasado, la acumulación de experiencias dolorosas propias y ajenas, nos crisan ante estos golpes que amenazan nuestra existencia parcialmente, o en su forma definitiva con la muerte. Llegan asaltando nuestra felicidad pacientemente construida. Jesús mismo comparó la muerte con un ladrón que nos sorprende en medio de nuestros sueños para robarnos todo nuestro futuro asegurado con los excedentes de cosechas pasadas (Lc 12,16-20).

Si podemos controlar nuestra trayectoria, no somos los dueños de los que conducen su vida temerariamente a nuestro lado. El accidente puede fulminarnos en un segundo o dejarnos radicalmente afectados para el resto de la vida. En otras ocasiones se va incubando clandestinamente en nuestra intimidad, hasta que un día estalla de repente cuando ya estamos minados.

2 La desgracia no tiene una dimensión exclusivamente individual. Es un golpe comunitario, pues somos un cuerpo.

En los países pobres de nuestro continente se vive esta dimensión con gran fuerza. En la cultura y en la sangre viven las agresiones centenarias contra pueblos enteros, desde los hacimientos en las encomiendas de indios y en los barcos negreros, hasta los barrios miserables de nuestras ciudades.

Mientras en los países ricos el dios de la apariencia y el bienestar mueve un mercado millonario de perfumes, formas y colores refinados, en los países pobres del mundo consume a la mayoría de la población, que vive un proceso de "movilidad descendente" hacia la miseria, las enfermedades crónicas y la muerte prematura.

3. Raramente podemos ver como razonables estas desgracias. Creados para la vida en plenitud, chocamos contra nuestros límites. Orientados desde el centro del yo para la comunión, desde nuestro misterio salta la agresión que nos divide. Aspiramos al encuentro de un Tú infinito en la reconciliación con todo lo creado, pero el cosmos se revuelve salvajemente contra nosotros, y el mismo Dios parece frustrar nuestro encuentro al esconderse en su misterio inaccesible.

Si el fracaso y el desgarramiento interior llegan en medio de nuestro compromiso por el Reino, cuando triunfa la injusticia sobre nosotros, podemos sentirnos engañados por un Dios más hábil que nosotros (Jr 20,7) hasta el punto de no querer hablar más en su nombre (Jr 20,9), de tirarnos al suelo para morir abrumados por el cansancio de la lucha (1 Reyes 19,4-5), o desconcertados por la insensatez de sus caminos (Jolías 4,3). De alguna manera, nos sentimos traicionados por Dios en la hora decisiva.

4. No todos reaccionan de la misma manera ante el paso de la desgracia. Unos se desintegran. Para otros comienza la vida como si la hubiesen limpiado de todo lo que no tenía consistencia, dejando los cimientos desnudos para reconstruirla de otro modo.

Muchos de estos cambios se quedan en el anonimato, pues la persona no acierta a contarlos. Otros han podido expresarlo. Ignacio de Loyola, por ejemplo, nos describe en su Autobiografía el proceso interior que lo transformó, cuando convalecía atrapado en la soledad inmóvil de su silla de enfermo. Aleccionado por esta primera experiencia, enfiló su vida por las rutas descendentes de la sociedad hasta los hospitales y los mendigos. En el fondo de su viaje, en la solidaridad con los pobres, en el límite de sus fuerzas físicas y psicológicas, abrumado por el combate espiritual, recibió junto al río Cardoner una "ilustración tan grande, que le parecían todas las cosas nuevas" (Aut. 30). Esta "novedad" descubierta en todas las cosas marcó su vida para siempre. Desde la distancia de su vejez, la considerará la gracia más grande de

su vida. Ignacio entró en una nueva dimensión de la realidad y vio lo nunca visto. Este es el proceso al que pretendemos asomarnos

III. El proceso de la desgracia a la gracia en el seguimiento de Jesús

Jesús miró con ojos nuevos la realidad de su tiempo y descubrió la vida tratando de nacer allí donde la ideología oficial, "la tiniebla" (Jn 1,5), decretaba la muerte. Proclamó esta vida del Reino y se comprometió con ella. Para ello tuvo que anunciar una nueva imagen de Dios y una nueva manera de ser persona humana.

1. La fidelidad a lo real

a) De un Dios lejano, a un Dios prójimo de los últimos

El Dios que se manifestaba en los signos estremecedores de la creación se revela en el Jesús de la historia como prójimo de los últimos. En Jesús se manifiesta la decisión de Dios de asumir la existencia humana desde las periferias sufrientes del mundo. Dios no sólo se hace hombre, sino hombre pobre.

Si Dios aparecía en el Antiguo Testamento en la lejanía inaccesible de la divinidad, ahora aparece escondido en la cercanía inimaginable de una humanidad pobre, en la vida de un galileo tan común que se hacía difícil superar las apariencias para reconocer al Mesías y acoger su mensaje.

Al entrar en la historia, la vida de Jesús se hace un proyecto que se distiende dolorosamente en el tiempo, con etapas de crecimiento, en la dialéctica de ignorancia y aprendizaje, oscuridad y discernimiento encrucijada y decisión. También experimenta el acoso del espacio. Para él no hay sitio en Belén, la tierra de Palestina no es segura, y sigue la ruta de los emigrantes. Morirá expulsado fuera de la ciudad. Al hacerse prójimo de los últimos, sufrirá el acoso de los seres marginales.

Al encarnarse Jesús entre los últimos, los pequeños, los pecadores, los publicanos y los pobres, la vida nueva, en la que todas las heridas de la humanidad quedan situadas, brota con fuerza desde abajo, y los descalificados se convierten en signos de posibilidades insospechadas.

b) Asumir la realidad

El seguidor de Jesús respeta la realidad tal cual es. No necesita huir de ella para salvarse, ni deformarla para asumirla. No idealiza al pobre, transformándolo en un "pobre ideológico". Tampoco banaliza el dolor y la muerte, ni lo decora para no sentir su cuestionamiento lacerante.

La aceptación de la realidad como es, y del propio yo, es el primer paso. Si Dios se encarna para siempre en nuestra realidad, y se hace prójimo nuestro, es porque nos ama como somos y no como debiéramos ser. Todo proceso de autoaceptación se alimenta de la incondicional aceptación con la que Dios nos ama y nos acoge. Desde esta aceptación que es el "coraje de la fe", podremos experimentar que poderosos dinamismos de vida surgen desde nosotros y desde el fondo de toda realidad. Muchos límites serán superados. Con otros mantendremos una relación de libertad.

Este primer paso exige entrar en lo hondo de la propia persona, como el hijo pródigo en el exilio: percibió la imagen salvadora del padre, y la posibilidad de otra vida "entrando dentro de sí" (Lc 15,17). En el diálogo íntimo con el padre se abre la existencia a una dimensión más honda que el dolor. Podremos contemplar y seguir al Jesús encarnado que surge desde los abismos de la realidad como la propuesta eternamente nueva de Dios. Nos sentiremos atravesados por su misma fuerza de vida y la reconoceremos en los últimos de este mundo, signos del Reino que no bajan

desde el cielo, como pretendían los dirigentes judíos (Mc 8,11), sino que suben desde la tierra rechazada.

2. El servicio de lo nuevo

a) *De un Dios todopoderoso a un Dios servidor*

El Dios del A. Testamento es el Dios todopoderoso de la creación y de la historia. Es el Dios "de los ejércitos" que atascó las ruedas de los carros egipcios y separó las aguas del mar para que pasase su pueblo. Movi6 "bárbaros pueblos feroces" contra el rey de Tiro (Ez 28,7), lleno de negocios sucios y de presunción. Liberó al pueblo judío del exilio por medio de un servidor no judío que emerge como nuevo líder del oriente (Is 44,28).

En Jesús, Dios se nos revela como el servidor de los últimos. En una pequeña parábola, Jesús expresa con fuerza esta dimensión (Lc 12,35-40). Los servidores esperan vigilantes en la noche hasta que vuelva el señor del banquete de bodas. Pero, en una ruptura de toda lógica, cuando el señor llega se pone el delantal a la cintura y sirve a los sirvientes. Este Dios de delantal a la cintura, lo mismo que Jesús en la última cena, revela el camino para crear la vida nueva en la lucha contra el sufrimiento de este mundo. El servicio es el camino de la creación comunitaria y de la alegría personal (Jn 13,17).

Esta imagen de Dios con el delantal a la cintura deslegitima todas las posturas de poder o magisterio que empuñan cetro y dictan cátedra desde arriba. Todo magisterio y toda autoridad se inspiran en el servidor de los pequeños de la historia. Éste es el camino solidario para enfrentar las manifestaciones del mal. El que se aísla y se protege del dolor del mundo, se pierde. El que sirve, se libra de la frustración y de la muerte (Mc 8,35-37). Avergonzarse de este camino, ante esta generación de competencia individual, es avergonzarse del Dios de la vida (Mc 8,38).

b) *Servidores solidarios de los pequeños*

Sin solidaridad con los pequeños no hay camino para la realización personal ni para la comunidad. Somos un cuerpo en un complejo entramado de relaciones. Si "yo estoy bien", no puedo protegerme en el aislamiento de los sanos, en el privilegio de los fuertes o en la conciencia farisaica de los puros. Si "yo estoy mal", no puedo renunciar al sacramento necesario del hermano encerrándome en el mal que me consume.

El único camino para enfrentar la desgracia es la solidaridad que sirve a todos, especialmente a los últimos, a los que se presta y no pueden devolver, incluso a los que uno les da el manto y le quitan también la túnica, a las vidas amenazantes por su deterioro psicológico y moral (Mt 5,38-48).

En este servicio a los últimos, experimentaremos en muchas ocasiones que ellos son los primeros en el servicio del Reino, y que nosotros somos salvados por la nitidez de su lógica evangélica. Muchas de nuestras tinieblas personales que han resistido dentro de nosotros incluso la oración y el ayuno (Is 58,3-5) desaparecerán, "porque la propia oscuridad se volverá mediodía" (Is 58,10). En el cuerpo herido "brotará la carne sana" (Is 58,18), y Dios mismo en persona hará sentir su presencia: "Aquí estoy" (58,9).

El servicio solidario no sólo es camino para sanar el mal de los últimos, sino para la iluminación interior del servidor. La propia limitación queda atravesada por este dinamismo sorprendente de vida que ayudamos a nacer desde el fondo de la realidad.

3. El poder de las tinieblas

a) De un Dios que castiga, a un Dios castigado

Muchas narraciones bíblicas presentan a Dios castigando el pecado con todo tipo de desgracias. Expulsa del paraíso, empuja a una existencia errante El fratricida Caín, desbarata el orgullo del imperio confundiendo el lenguaje en Babel, extermina con fuego y azufre las ciudades pervertidas e injustas. Pero, en realidad, es el pecado el que destruye, confunde, extermina y mata. Dios es el que ofrece un nuevo comienzo para construir el paraíso, crea un pueblo donde se pueda vivir en justicia y derecho y se compromete en alianza para crear una tierra nueva juntamente con su pueblo.

En el crucificado Jesús podemos descubrir que no es Dios el que castiga al pecador, sino el pecador el que castiga a Dios, el que lo mata en un suplicio que hace verlo como "un maldito" según la teología oficial. En Jesús, Dios es reducido a un espanto del que hay que apartar la vista, porque no tiene apariencia humana, porque parece "un contagiado, herido de Dios y afligido" (Is 53,3-4).

La cruz llega como consecuencia de la lucha de Jesús contra las formas históricas del mal humano. Estas fuerzas se revolvieron contra el y lo crucificaron. Por eso en la cruz podemos ver nuestra obra, la expresión de nuestra libertad. Frente a la cruz no nos espantamos más que de nosotros mismos. Al mismo tiempo, nos quedamos sobrecogidos de la solidaridad de Dios con nosotros, que no ha tratado el sufrimiento humano desde una asepsia lejana. Todos los crucificados de la historia podrán volver la cabeza y encontrar a Dios con su presencia cercana. Desde ese abismo de la desgracia brotará la gracia.

b) La fidelidad crucificada

La cruz llega inexorablemente a la vida del servidor de los últimos. Nadie es crucificado como Jesús por ser servidor de los primeros. Las fuerzas hostiles a la vida del Reino para todos van a combatir al servidor en una escalada bien calculada. Buscarán su fragilidad, y por ahí lo atacarán. Tratarán de comprarlo primero y, si no está en venta, lo descalificarán socialmente. Si no lo doblegan, intentarán minarlo en su resistencia física y psicológica. En último término, si es necesario, lo eliminarán.

Pero no toda la pascua llega desde fuera. En el servicio a los últimos se va descubriendo la propia ambigüedad con una claridad nunca vista desde la denuncia luminosa que son los últimos de nuestra sociedad. Esta ambigüedad puede llenar de pesadumbre toda la intimidad.

Tanto a nivel íntimo como a nivel social, es la hora del poder de las tinieblas. Para el servidor de la vida del Reino, es la hora de la "paciencia histórica", de la "resistencia". La fe se convierte en "fidelidad", en una gratuidad que no contabiliza una eficacia inmediata y que se entrega porque cree en el triunfo definitivo de la vida, aunque cada una de sus horas tenga el sabor de la muerte.

En esta espera crucificada, cuando ya uno tiene las manos y los pies clavados y no puede hacer nada ni caminar a ninguna parte, surgirá una calidad de vida completamente regalada y nueva.

4. Responsables de la alegría

a) De un Dios impasible, al Dios resucitado

Al morir en la cruz, Jesús llegó hasta el límite de todas sus posibilidades. Antes de expirar, ya sólo era dueño de su intimidad, y en su última palabra entregó el espíritu

en manos del Padre. El sepulcro es el símbolo de la pérdida completa e irreversible de sí mismo.

En el sepulcro, el proceso de la muerte ya no tiene marcha atrás, ni es posible escribir la historia de otra manera. Jesús ha llegado al punto donde sólo puede ser alcanzado por la iniciativa de otros. De sus amigos que lo bajan de la cruz. Y, sobre todo, del Padre que lo resucita de entre los muertos asumiendo el dolor y la muerte del Hijo arrancado definitivamente de este mundo. El sufrimiento alcanza de alguna manera a Dios, que se solidariza de una manera tan asombrosa con la condición humana.

Jesús nos fue fiel en la pasión, como expresión de la fidelidad de Dios. También nos será fiel en la resurrección. Fue llevado a la plenitud de la vida cuando ya no había nada que hacer. No sólo resucitó para sí mismo, sino también para nosotros. Nosotros podemos esperar también cuando ya no hay nada que hacer.

Viendo el misterio del sepulcro donde Jesús resucita, comprendemos que Dios está dentro de la historia como la "presencia" más honda, que no deja que ninguna persona se pierda en la espera de una soledad infinita, y como un "proyecto" de trascendencia que no deja que ninguna situación cerrada en un sepulcro quede sin salida hacia el futuro.

b) Integración en la experiencia pascual

Tarde o temprano todos somos llevados a situaciones de sepulcro, donde se acaban los proyectos, las palabras, las fuerzas, las presencias... y donde la misma vida parece estancada. No es ya el tiempo de la lucha o la pasión. Es la noche completa, donde hemos sido vencidos, y no sabemos si va a llegar la vida nueva. Son los tres días que van desde la muerte a la resurrección, donde el justo ha sido exterminado y no hay señales de vida por ninguna parte.

Esta es la expresión máxima del fracaso y de la muerte, donde no sólo experimentamos que tenemos limitaciones, sino que hemos sido llevados al límite de nuestra existencia. Dios mismo parece haber sido eliminado con nosotros y su silencio incomprensible nos paraliza.

Ésta es una experiencia última, cuando tenemos que ser salvados por otro, cuando esperamos un sentido del que no somos los dueños y que llega libre a la hora justa de la sabiduría de Dios y no de nuestra impaciencia.

Precisamente es esta experiencia última de muerte la que nos permitirá resucitar con una nueva libertad, integrando los límites grandes y pequeños de nuestra existencia cotidiana. La plenitud de la vida llega como regalo al abismo de nuestra impotencia máxima. Es inútil pretender una perfección ausente de límites. Los límites viejos nos acompañan con sus cicatrices, y los límites nuevos de los años que pasan van mellando implacablemente el filo de nuestras facultades.

Desde esta experiencia de resurrección en la historia, paseamos "en nuestro cuerpo el suplicio de Jesús, para que también la vida de Jesús se transparente en nuestro cuerpo" (2 Cor 4,10), "en nuestra carne mortal" (2 Cor 4,11).

Esta experiencia luminosa y festiva, de primer día de la semana (Lc 24,1), no puede ser de ninguna manera exigida ni manipulada. Es un encuentro con el Dios que resucita a los muertos. Entonces se comprende que la plenitud de la vida no es una perfección de espejo y modelaje, de leyes y saberes, sino un encuentro con el absoluto que nos acompaña con su "presencia" a lo largo de nuestro camino y no sólo nos compromete en su "proyecto".

La libertad que nace de esta experiencia le da a la vida una calidad nueva. La gratuidad y la celebración son posibles en medio de la opresión y el sufrimiento. En

el fondo de los sepulcros y las cruces hay ida. Ya no somos sólo responsables del compromiso y de la resistencia hasta la cruz. También somos responsables de la alegría (Flp 4,4) y de la fiesta que anticipa y anuncia la plenitud del Reino. Lo opuesto a la alegría no es el sufrimiento, sino la tristeza.

La gracia, última dimensión de la realidad

A lo largo del proceso espiritual que hemos descrito, constatamos que la última dimensión de la realidad no es la desgracia, de cualquier causa que sea, sino la vida. Eso es lo que anunció Jesús con la llegada del Reino de Dios. Desde las personas más hundidas de Israel brotaba la vida. Esos signos revelaban que la vida llegaba como gracia, superando años de parálisis, de ceguera... y de legislación oficial contra la vida. Esos signos manifestaban lo que la palabra de Jesús decía: que la vida era la última palabra de Dios sobre la historia.

El que se ha visto alcanzado por este dinamismo de vida y ha entregado toda la persona a su realización, sabe situar la desgracia propia y ajena en su verdadera dimensión, como realidades duras, pero no definitivas, que no invaden toda la persona hasta desintegrarla.

Si los más comprometidos arriesgan y pierden la libertad, la salud, la riqueza y la propia vida, es porque de alguna manera encuentran sentido en perderse buscando la vida para todos (Mc 8,35). Aunque sea oscuramente, se experimentan dentro del proyecto de Dios que atraviesa la historia y en su presencia, como anticipaciones veladas de la plenitud.